

§ III.—El siglo XVIII y la religion.

I.

«La incredulidad, dice d'Alembert, es una especie de fe para la mayor parte de los impíos» (1). Esta frase nos da la clave de una de las más singulares contradicciones que presenta el siglo XVIII, tan abundante en contradicciones. En apariencia el trabajo de los filósofos no tiene más que un objeto, destruir la religion cristiana; no piensan en reemplazarla con otra religion. Esta obra de demolicion la llevan á cabo con un ardor increíble, sin inquietarse por lo que será de la humanidad cuando las almas hayan perdido la fe. Hay fanatismo en sus ataques al fanatismo; hacen propaganda para difundir la irreligion; se llaman apóstoles, pero ¿apóstoles de qué? Si hubieran dado cima á su obra, hubieran venido á parar á la incredulidad absoluta. ¿Se concibe que los hombres se apasionen por arrancar la fe de su corazon, cuando la fe es una condicion tan necesaria de su vida moral, como el sol de su existencia física? ¿Qué atractivo tenía el vacío para nuestros padres?

Tal es la pregunta que se hace un escritor de nuestros dias (2). Tocqueville no es un libre pensador; habla con un desden mal disimulado de los filósofos del siglo pasado. Una cosa choca, sin embargo, á este profundo observador cuando compara el siglo de la incredulidad con el nuestro. Estamos en una época de reaccion católica, y somos, por consiguiente, más religiosos que nuestros padres, al ménos aparentemente. Sin embargo, no tenemos ya esa fe activa en el poder del hombre que animaba á los incrédulos. Nos encontramos abatidos, como en tiempos de duda y de escepticismo, al paso que los libres pensadores, á quienes nosotros calificamos de escépticos, tenían una fe ilimitada en el porvenir, y se creían bastante poderosos para regenerar por completo la socie-

(1) D'ALEMBERT, *Obras*, t. IV, p. 268.(2) TOCQUEVILLE, *El antiguo régimen y la revolucion*, p. 228, 238.

dad que deshacían. «Estos sentimientos y estas pasiones, dice Tocqueville, habían llegado á ser para ellos como una especie de religion nueva que, produciendo algunos de los grandes efectos que se ha visto producir á las religiones, los apartaba del egoísmo individual, los impulsaba al heroísmo y al sacrificio, y los hacía muchas veces como insensibles á todos estos pequeños bienes que nos dominan.»

¿De modo que la incredulidad del siglo XVIII tenía el poder de una *religion nueva*! ¡El materialismo engendraba el *sacrificio*! ¡Al paso que nuestro cristianismo de reaccion nos inclina á los goces de la materia! Esta declaracion es importante procediendo de un hombre como Tocqueville, poco simpático á la filosofía del siglo pasado, y que vivía en medio de la reaccion de cuyos sentimientos cristianos participaba. Todo hombre de buen sentido dirá que si la religion, que tanto se pondera en la sociedad reaccionaria, rebaja los espíritus en lugar de levantarlos, debe ser un movimiento artificial; que si el espiritualismo cristiano inclina á los hombres á gozar de los *pequeños bienes* de la tierra en lugar de inspirarles su desprecio, debe ser una ilusion ó una hipocresía, y en la serie de nuestros *Estudios* probaremos que el buen sentido tiene razon. Por el contrario, si la filosofía incrédula del siglo XVIII producía la abnegacion y daba fuerzas para el sacrificio, debe haber en ella algo más que el vacío y la nada.

¡El vacío y la nada! La Escritura nos dice que debemos juzgar al árbol por los frutos que da. Compárese la revolucion, fruto de la incredulidad, con nuestra época, que tiene la dicha de creer en la immaculada Concepcion! ¡Salid de vuestras tumbas, héroes del 89 y 93, y enseñad á esos charlatanes de religion que llenan nuestros salones y nuestras iglesias, que la verdadera religion es la que nos eleva sobre el egoísmo individual y nos da el poder del sacrificio! ¡Vosotros, incrédulos! ¿cuándo habeis sellado vuestra fe con vuestra sangre, como los mártires de los primeros siglos? Y aquellos de vosotros á quienes ha perdonado el cadalso, los hemos visto nosotros, generacion bastardeada, fieles á su antigua bandera, firmes en sus convicciones en medio de la miseria y del destierro. ¡Dios nos inspire esa fe, esa energía, en lugar de la miserable parodia de religion que se representa ante nosotros! Nos

llamamos cristianos, compadecemos, cuando no reprobamos, á esos pobres filósofos llamados Voltaire y Rousseau, que tenian la desgracia de no creer en la divinidad de Cristo. Nosotros somos creyentes; pero ¿cuáles son nuestras obras? Cedemos ante la fuerza y la ensalzamos, la santificamos. Nuestra fe consiste en tener cuidado de nuestro dinero, y tenemos á éste tanto apego, porque nos procura los goces de la materia en que nos revolcamos; la abyeccion, el cálculo, el sensualismo, hé aquí los frutos de lo que nos atrevemos á llamar nuestra religion.

Dejemos á un lado esa religion de apariencias y consideremos de cerca la incredulidad del siglo XVIII. Incrédulo era, pero ¿en qué sentido? Rechazaba la religion del pasado, el cristianismo, tal como el curso de las edades lo habia hecho, ó, segun otros, lo habia desfigurado. Este cristianismo tradicional no es más que un cúmulo de supersticiones; es tan aficionado á esas malas hierbas que envenenan el espíritu humano, que ha creído conveniente, en nuestro siglo de reaccion católica, inventar una nueva, ia más estúpida de todas. Si le agrada la estupidez, es porque la necedad humana es el más sólido fundamento de su poder, y lo que ante todo busca esa buena madre llamada la Santa Iglesia, es la dominacion. Llámase tambien romana, y mejor merece este título que el de santa, porque ha heredado de Roma la pasion de dominar los pueblos, sin más diferencia que haber reemplazado las armas de los legionarios con otras armas más poderosas, la ignorancia y el error. El enemigo á quien combate sin descanso es la razon de que Dios nos ha dotado: en el siglo XVIII la persiguió con todos los medios de que disponia. Esta es la religion que los filósofos rechazaron y atacaron con esa pasion que nosotros llamamos furor; hoy somos más moderados porque ya nada palpita en nuestros pechos! En este sentido eran incrédulos, y esta incredulidad, léjos de ser un crimen, será siempre su título de gloria.

Se acusa al siglo XVIII de haber traspasado los límites de una guerra justa y legítima. La lucha emprendida contra la supersticion acabó por ser hostil á toda religion y áun á toda moral; esto era, dicen, incitar á la destruccion, no ya del cristianismo tradicional, sino de la sociedad misma. Si nos atenemos á la teoría filosófica del siglo pasado, la censura es fundada.

Es positivo que la doctrina de la sensacion va á parar al materialismo, á la negacion de Dios y de la esencia espiritual del hombre, á la negacion de la libertad, al fatalismo, á la negacion de una ley moral. Y todas estas consecuencias han sido admitidas por los libres pensadores del siglo XVIII, no sin oposicion ciertamente: Rousseau y Voltaire protestaron contra el ateismo y sus funestas consecuencias, pero su voz no fué escuchada; los más osados llegaron hasta el fin, y al fin se encontraba lo que con razon puede llamarse la nada. Si esta fuese toda la filosofia del siglo pasado, sería preciso condenarla de una manera absoluta, porque es radicalmente falsa. Pero téngase en cuenta que lo que se toma como doctrina de los filósofos no es su verdadera doctrina; no es más que un arma de guerra contra el cristianismo bastardeado de la Iglesia.

No hay siglo ménos filosófico que el siglo XVIII; toda su filosofia es prestada; la ha recibido de Locke. Los ateos no tuvieron más que un mérito, si es que en esto hay mérito, y es el no retroceder ante ninguna consecuencia por extraña que fuese. ¿Por qué dieron la preferencia al sensualismo de Locke sobre el espiritualismo de Descártes? La culpa primera es del filósofo frances y de sus discípulos, excepcion hecha de Espinosa; porque todos pretendian conciliar su filosofia con el cristianismo. Esta era una razon decisiva para que los libres pensadores no la aceptasen; el espiritualismo se les hizo sospechoso como aliado del enemigo. La filosofia de Locke, por el contrario, les presentaba un arma excelente para demoler el cristianismo: si no habia Dios, ni alma, el cristianismo no podia ser más que un antiguo error, por no decir una gran superchería. ¿Quiere esto decir que el espiritualismo de Descártes no hubiera ofrecido un arma igualmente eficaz para combatir la revelacion cristiana con ménos compromiso? No es posible dudarlo, cuando se sabe que Espinosa procede de Descártes. Pero para buscar apoyo en el espiritualismo cartesiano, hubiera sido preciso mantener las ideas de Dios, de una esencia espiritual é inmortal, es decir, los dogmas fundamentales de toda religion; y á los ojos del siglo XVIII la religion era sinónimo de supersticion, de superchería sacerdotal, de dominacion del clero; cosas todas que de

ninguna manera queria admitir. Por esto dió la preferencia á la doctrina de la sensacion.

Pero un arma de guerra no es una doctrina; la nada no es un ideal; nadie se sacrifica por el vacío. Los hombres del siglo XVIII tenian el poder del sacrificio: ¿por qué idea han combatido? ¿Por qué idea han muerto? Tenian una religion, la de la humanidad. Los enemigos mismos de los filósofos lo confiesan; confiesan que aquella religion era superior al cristianismo, tal como lo concebía el siglo XVII. El genio más grande de aquella época, tan fecunda en genios, Bossuet, tiene algo del sectario, porque el catolicismo no era realmente más que una secta; le faltaba la cualidad de hombre, dice el pastor Vinet, cualidad que tanto resalta en los libros pensadores del último siglo (1). Un cristiano no puede nunca hacer justicia completa á la filosofía. Vinet añade que *tal vez* el siglo XVIII, era poco digno de tomar á su cargo la causa de la humanidad, pero que, sin embargo, la sacó triunfante. Faltábale la lámpara divina; puede ser. Esto quiere decir que no inspiró á los filósofos el Dios del cristianismo. Lo cual no les impidió predicar la doctrina de humanidad con un vigor, con un entusiasmo que en vano buscaríamos entre los discípulos de Cristo.

Los reaccionarios de 1848 se preguntan en qué consiste el poder de Voltaire, y no encuentran más respuesta que la injuria; consiste, dicen, en que enseñaba el materialismo á un siglo de fango. No era esta la opinion de sus contemporáneos. Diderot, que en sus malos dias ha llegado hasta describir los goces de la materia, dice «que Voltaire debe sus triunfos teatrales á los sentimientos de humanidad que abundan en sus obras y al poder que éstos ejercen sobre nuestras almas.» No eran solamente los poetas los que cantaban la religion nueva; los filósofos, los políticos y hasta los legistas se inspiraban en ella. Escuchemos á un pensador del siglo XVIII, discípulo de Voltaire: «Los filósofos, dice Condorcet, abarcaban en sus meditaciones los intereses de todo el género humano, sin distincion de país, de raza ó de secta. Animados del sentimiento de una filantropía universal, combatian la

(1) VINET, *Historia de la literatura francesa en el siglo XVIII*, t. I, p. 44.

injusticia, áun cuando estuviese fuera de su patria y no pudiera alcanzarles; la combatian, áun cuando la cometia su patria con los otros pueblos; clamaban en Europa contra los crímenes con que la codicia manchaba las costas de América, Africa ó Asia. Los filósofos de Inglaterra y de Francia se honraban con tomar el nombre y desempeñar los deberes de *amigos* de aquellos mismos negros, á quienes sus estúpidos tiranos no se dignaban contar en el número de los hombres. Los elogios de los escritores franceses eran el premio de la tolerancia concedida en Rusia y en Suecia, mientras Beccaria refutaba en Italia las máximas bárbaras de la jurisprudencia francesa» (1).

Decimos que la humanidad era una religion. Lo que caracteriza el sentimiento religioso, cuando es verdadero y profundo, es que regenera al hombre, convirtiéndose en principio de sus acciones. Tal fué la humanidad en el siglo XVIII. Citemos algunos rasgos de aquellos filósofos á quienes los reaccionarios, en su mala fe ó en su ignorancia, quisieran calificar de bestias. No diremos nada de Voltaire; ya lo hemos hecho en otra parte (2): ¿quién no conoce al defensor de los Calas? La defensa de los Calas es lo que Diderot envidiaba al gran poeta, al rey de su siglo. Diderot no tenía nada que envidiarle; es una de las naturalezas más amorosas, más dispuestas al sacrificio que Dios ha creado. Su vida entera fué un sacrificio; dió á sus amigos, lo que rara vez dan los hombres de genio, su tiempo y su pluma; los prodigó tanto, que no tuvo tiempo para trabajar en su propia gloria. Y no experimentaba por esto ningun sentimiento; al contrario, nada le parecia más natural: «No me roban mi vida, dice, yo la doy; y ¿qué cosa mejor puedo hacer que conceder parte de mi vida al que me estima bastante para pedirme este préstamo?» El sacrificio era una necesidad de su naturaleza: «Un placer que solamente es para mí, me interesa poco y apenas dura» (3). Diderot encontró muchos ingratos, pro-

(1) CONDORCET, *Cuadro de los progresos del espíritu humano*, p. 265 y sig.

(2) Véase el tomo XI de mis *Estudios sobre la Historia de la humanidad*.

(3) «Yo leo, yo pienso, yo escribo, yo medito, yo miro, yo oigo, yo siento para mí y para mis amigos; en su ausencia, mi cariño llega á todos ellos; yo pienso incesantemente en su felicidad. Me choca una hermosa línea, ellos la sabrán; encuentro un bello rasgo, me propongo darles parte; tengo á la vista algun

digándose de este modo á sus amigos. ¿Cerrará la ingratitud su corazón? Él mismo escribe: «No hago más que un ingrato cada día; ¡ojalá pudiera hacer ciento!» La humanidad que inspira semejantes sentimientos y semejantes acciones, ¿no merece el nombre de religion?

Entre los filósofos de más mala fama del siglo XVIII se cita á Helvetius y á d'Holbach. Helvetius empezó por ser hacendista. No nos faltan hoy hombres de banca; más de uno se llama ó se cree católico. ¿Hay en la vida de esos discípulos de Cristo rasgos benéficos que puedan compararse con la inagotable caridad del filósofo materialista? Helvetius aseguró una pensión de dos mil libras á Marivaux. El poeta tenía muy mal genio y se alborotaba con mucha facilidad cuando disputaba. Helvetius no siempre era complaciente. Pero desde el momento en que se convirtió en bienhechor de su amigo, lo trató con las mismas consideraciones que si le debiera grandes favores: «¡Cómo le hubiera replicado, dice, un día, si no hubiera tenido que agradecerle el haber aceptado mis beneficios!» Saurin, el abad Sabathier, Thomas, fueron socorridos por Helvetius, y siempre lo hizo con esa delicadeza exquisita, distintivo de una alma hermosa. Rousseau, que detestaba las doctrinas filosóficas de Helvetius, no podía ménos de admirar su caridad. Este sentimiento estaba ciertamente poco en armonía con la teoría del egoísmo; pero se explica perfectamente, cuando se sabe que la verdadera doctrina de Helvetius, como la de todos los filósofos del último siglo, era la humanidad y no el ateísmo (1). Tal era d'Holbach, el ateo por excelencia: «Es más virtuoso, dice Rousseau, y más desinteresado que muchos creyentes, porque hace el bien sin esperanza de recompensa.» Nótese que Rousseau no sentía simpatías hácia el hombre de quien hacía tan magnífico elogio. Se ha acriminado al siglo XVIII por su ódio á los sacerdotes: entre los enemigos más encarnizados de la gente clerical se distinguía d'Holbach por una antipatía que llegaba hasta el furor. Tuvo el

espectáculo encantador, sin apercibirme de ello medito la narracion que les he de hacer. Yo les he consagrado el uso de todos mis sentidos, de todas mis facultades; y ésta es tal vez la razon de que todo se exagere, todo se enriquezca en mi imaginacion y en mis discursos; ¡y los ingratos á veces me lo censuran!»

(1) DAMIRON, *Memorias sobre la filosofia del siglo XVIII*, t. I, p. 363, 387.

gusto de ver á los jesuitas expulsados del reino cristianísimo. Y ¿qué hizo? Socorrió á los reverendos padres en todo cuanto pudo (1).

Citemos también á d'Alembert y Condorcet. El célebre matemático nació sin familia y murió pobre. Tenía por toda fortuna dos ancianos servidores; los legó á su jóven amigo Condorcet. Su manutencion fué siempre considerada por el legatario como su primer deber, áun cuando él, á su vez, estaba léjos de ser rico. Cuando el ilustre proscrito se dió la muerte, el legado pasó á su hija (2). ¿Hubieran hecho los cristianos más que aquellos dos enemigos del cristianismo? Los filósofos obraban mejor que los cristianos; la caridad individual era tan ardiente, tan compasiva en el campo de los ateos como en el seno de la Iglesia; pero habia la diferencia de que la beneficencia cristiana especula más ó ménos con el cielo, al paso que en los libres pensadores no habia ni sombra de cálculo. Añádase que la caridad de la Iglesia, á la vez que alivia la miseria, la fomenta y la aumenta; la filosofía, por el contrario, tiene la ambicion de destruir la miseria, apelando á la actividad humana. Hubo en el siglo XVIII un filósofo, á quien un capricho de la córte puso por un momento al frente de un ministerio. Compárese la vida de Turgot con la existencia de uno de esos hombres inútiles á quienes se llama santos, y dígase de parte de quién está la verdadera religion. El filósofo ministro inauguró la caridad moderna, la caridad láica, excitando al trabajo á los desgraciados que se encuentran en estado de trabajar, y reservando los socorros gratuitos para aquellos á quienes la edad ó las enfermedades impiden ganarse la vida. Esto no impidió que Turgot contribuyese también personalmente; en un año de hambre el jóven intendente contrajo veinte mil francos de deudas por aliviar la miseria de la provincia que administraba.

Hemos llamado una religion nueva á la humanidad que caracteriza el siglo XVIII. Desde luégo se nos concederá que los antiguos no la han conocido. Una gran parte del género humano estaba excluida de la sociedad humana; áun cuando los filósofos celebraban el amor de la humanidad, no podian comprender en ella

(1) *Biografía universal*, en la palabra d'Holbach.

(2) ARAGO, *Biografía de Condorcet* (Obras, t. I, p. 98).

á seres que no eran hombres: ¡los esclavos eran cosas! Pero se pretende que la ley cristiana hizo hermanos á todos los hombres, y que la humanidad tan decantada de los filósofos, no es más que el equivalente de la caridad evangélica. Uno de nuestros grandes escritores, poco favorable, por la naturaleza de su genio, á los filósofos del siglo pasado, responderá por nosotros á tan vulgar objecion. Ballanche hace observar que el sentimiento de la humanidad es un sentimiento completamente nuevo en la aplicacion. La fraternidad cristiana quedaba circunscrita únicamente á la esfera de la religion. Se ensalza al siglo xvii como un siglo cristiano en contraposicion al siglo xviii. Pues bien, ¡búsquese el sentimiento de humanidad en ese siglo brillante! ¿Habrà que recordar la ligereza cruel, la frívola indiferencia con que una mujer sinceramente cristiana, madama de Sévigné, á quien no puede negarse ni la gracia del ingenio ni las cualidades del corazon, habla de la ejecucion de los campesinos de la Bretaña? Ballanche condena con razon la tendencia de los ánimos que inclina á excluir á ciertas clases de hombres de la sociedad general, como si estuvieran hechos con otro barro, ó animados de diferente soplo de vida, como extraños á nuestras afecciones. ¿Ha puesto fin el cristianismo á esta degradante desigualdad? La Iglesia santificó la esclavitud, legitimó la servidumbre; todavía poseia siervos en el siglo xviii, «hasta la víspera del dia en que la campana de alarma de 1789 dejó oír su fúnebre tañido.» ¿Quién emancipó á los siervos del monte Jura? Voltaire. ¿Quién destruyó los últimos restos de la servidumbre feudal? La revolucion de 1789, que sin razon alguna compara Ballanche con el sonido fúnebre de la campana; es más bien el sonido alegre que anuncia el nacimiento de la humanidad (1).

Hay una manifestacion del sentimiento de la humanidad, que será la gloria eterna del siglo xviii, y es la tolerancia. Sin embargo, es tal la ceguedad, ó tal la mala fe de los neocatólicos, que disputan á los filósofos este honor. «¿Qué predicaban?» exclama Balmes. «La fraternidad universal. ¿No es esta fraternidad

(1) BALLANCHE, *El Hombre innominado. — El Anciano y el Joven. — Palín- genesis.*

una doctrina del cristianismo?» (1). Sí; la fraternidad es un dogma cristiano. Pero ¿cómo es que la fraternidad no ha impedido que los discípulos de Cristo den caza á los discípulos de Moises como si fuesen fieras? Los Padres de la Iglesia, que llamaban perros y puercos á los herejes, ¿no eran cristianos? Los emperadores que dictaron leyes de sangre contra los infieles, ¿peticion é instancia de la Iglesia, ¿desconocian la fraternidad cristiana? Los papas que predicaron las cruzadas contra los albigenses, ¿no eran vicarios de un Dios de caridad? Las guerras de religion excitadas, sostenidas, perpetuadas por el fanatismo católico, ¿son testimonios de la fraternidad evangélica? Cuando Luis XIV revocó el Edicto de Nantes; cuando Louvois hizo conversiones por medio de sus dragones, ¿eran apóstoles de la fraternidad cristiana? Si la tolerancia es fruto del cristianismo, explíquenos cómo es que todas las sociedades cristianas fueron intolerantes, y que todavía hoy la Iglesia condena la tolerancia como un crimen. ¿Para qué insistir? La paradoja de Balmes es una de esas falsificaciones de la historia que los escritores católicos se permiten sin el menor escrúpulo; á sus ojos, la santidad del fin legitima todos los medios. La tolerancia es esencialmente una doctrina y una virtud filosófica, y la intolerancia es de la esencia de toda religion revelada. Si el cristianismo es intolerante, consiste en que pretende poseer la verdad divinamente comunicada. Si la filosofia es tolerante, consiste en que no cree en la verdad absoluta. Los filósofos opinan que la mision de la humanidad es la investigacion de la verdad, sin que nunca pueda llegar á poseerla por completo. Esta investigacion de la verdad no es posible más que á condicion de que el espíritu humano pueda desarrollar libremente las facultades de que Dios lo ha dotado. Por esto un filósofo del siglo pasado dijo que la tolerancia es una insolencia, porque implica que unos hombres puedan dar á otros permiso para pensar y creer lo que la razon les enseña. La filosofia no se contenta con la tolerancia, reclama la libertad de pensar.

(1) BALMES, *El Protestantismo comparado con el catolicismo*, t. II, p. 101.